

La brújula enigmática del viejo Secreto y Rosa Hada, nieta de la Historia y de la fábula.

Por Mauricio Gutiérrez

Esta historia me la contó hace ya varios años Adalberto Herrero, un amigo en común de los excesos. Sus protagonistas trabajaban en un taller de poca monta que con los años fue creciendo gracias al prestigio de algunas piezas de fundición que de tan específicas eran obras únicas, esencia de la labor artística. El alma mater de la empresa era el viejo Rosado, alcohólico empecinado en el vino homónimo, quien enfriaba las piezas una vez templadas de una manera propia de él. Su particular impronta le era adjudicada por todos a sus años de oficio, su maña, la mano de artista, la humedad de la zona o todos esos elementos conjugados. La cosa es que con el correr de las décadas desde la mismísima NASA, a través de una empresa intermediaria, le encargaron al dueño del taller un repuesto que solo bajo la maniobra de Rosado no cedía milímetro alguno cuando era refrigerada.

Cada año y cada nueva nave enviada al espacio por la NASA fueron testigos del habilísimo manoseo del hacedor que nunca socializó su saber cuasi secreto –ese era su apellido de origen italiano– no por egoísta sino porque jamás fue interrogado acerca de ello. Hasta que en una víspera de fin de año ocurrió lo impensado.

Ese asado de fin de década pasó a la historia. El dueño de la empresa, ya rico y acomodado gracias a Rosado y los oficiales de fundición, esta vez cambió de rutina. Típico de esos años, llevó unas prostitutas al asado del 30 para agasajar a los dependientes. También mudó los cortes de la carne al asador, agregó salmón traído del puerto, verduras frescas y chocolate en rama. Invitó unos roqueros extrañísimos a tocar y cantar metálico a pedido de uno de sus hijos y remató con champagne carísimo. Lo peor fue la falta pues no hubo vino rosado para el viejo. Así comenzó el desenlace.

Entre los homenajeados estaban dos representantes de la empresa norteamericana que compraban la pieza para revendérsela a la NASA. Nadie sabía cuánto agregaban a su costo. Entre los tres partícipes sobrevolaba un acuerdo de caballeros o un pacto de mafiosos, según el prisma de quien lo mirara.

El drama se inició ni bien el viejo comenzó a mezclar el Gancia del aperitivo, el Fernet con hielo, el vino tinto y así de seguido, a falta del vino rosado. Para los postres –peras al chocolate elaboradas especialmente por un chef de la capital– el viejo evolucionó, por primera vez en su vida, de ser un modesto alcohólico a mostrarse como un borrachín impredecible. Los roqueros fueron su primer blanco. Los acusó de ser nazis argumentando que tomaban Fanta con cerveza, típica combinación alemana de los años del totalitario Adolfo. Únicamente se salvaron las chicas a las que miró de reojo hasta que posó su vista sobre la morocha despeinada mientras dejaba caer una lágrima de amor. Cuando el capataz

le sugirió volver a casa lo petrificó con una admonición categórica que se redujo a dos palabras: ¡come mierda!

Finalmente, coronó la noche con una confesión reveladora. Se dirigió a los yanquis con esmerada y sabionda labia. Pasó a descubrir su gran enigma de añares de alquimia impregnadas en sus palmas. Pronunció cada palabra con estilo sacerdotal ante un moribundo que agradece su final extremaunción. Les batió a los extranjeros que las piezas eran enfriadas siguiendo un rito medieval de la metalurgia cuyo procedimiento no es otro que el de respetar la línea del eje magnético Norte Sur al momento de enfriarlas en el balde con agua.

Los empresarios nunca más compraron pieza alguna. El dueño renunció a festejar otro fin de año ya que las ventas se desplomaron debido al enigma revelado enmarcado en las cíclicas crisis económicas harto reconocidas. Rosado Secreto recibió el telegrama de despido el 31 a la mañana y el 2 de enero se tomó el resto de la damajuana de vino comprada con el aguinaldo. El 3 nació su primera nieta luego de seis varones poco agradecidos. A él le sonó como una señal. Debía dejar definitivamente la bebida y así lo hizo. Cuando su hijo le presentó a la beba la noche de víspera de Reyes, el abuelo Petiso – así lo llamaban a su abuelo– los esperaba en el taller del fondo de su casa. Sostuvo a la nieta alzada en el aire con su carita mirando hacia el polo magnético del sur, en la Antártida, presagiando para ella un futuro venturoso.

La bautizó Rosa Hada ignorando que los huecos de esta historia verídica fueron embutidos con chispas de fábula inocente en los ojos de la mujer que décadas más tarde llegó a la casa de gobierno de la mano de las madres y abuelas.